

## La Revolución Mexicana en el debate político latinoamericano: Ingenieros, Palacios, Haya de la Torre y Mariátegui

Por *Pablo YANKELEVICH\**

**D**URANTE LOS AÑOS VEINTE del siglo pasado la presencia de México

en América Latina alcanzó uno de sus momentos cumbre, debido a dos circunstancias: por un lado, la gestión de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública, en tanto pacto de los intelectuales con la Revolución al servicio de una reforma cultural que no reconocía antecedentes en Latinoamérica, por otro lado, ese actuar vasconcelista se instaló en un escenario latinoamericano signado por el ascenso e incorporación al campo de la lucha política de un sector de clase media empeñado en impugnar el ordenamiento político vigente. Protagonistas de ese proceso fueron la juventud universitaria y toda una pléyade de intelectuales integrantes de la llamada Generación de la Reforma.

Aquella Reforma, con su fuerte componente juvenil, aparece como tributaria de una serie de procesos que permitieron definir sus principales contenidos: uno de ellos, el más decisivo quizás, fue el impacto de la primera Guerra Mundial. Las élites intelectuales percibieron que aquella guerra cerraba un ciclo de la historia en el cual el fracaso de todo un modelo civilizatorio terminó por fracturar el cosmopolitismo dominante para dar lugar al surgimiento de preocupaciones nacionales. Una Europa devastada obligó a volver la mirada hacia América y aquí la Revolución Mexicana replanteó la necesidad de forjar una conciencia nacionalista, impregnada de un espiritualismo defensivo que recuperaba las ideas que a principios de siglo expuso el uruguayo José Enrique Rodó. En este sentido, la experiencia mexicana, en la era de Vasconcelos, emergió como un modelo de reconstrucción política y cultural frente a la orfandad de paradigmas que puso al descubierto la confrontación europea.

Desde Argentina la Reforma universitaria se desplazó hacia otros países y, en ese tránsito, el activismo estudiantil fue definiendo un núcleo de proposiciones políticas que permitieron pensar América Latina desde nuevos paradigmas. En el espacio latinoamericano México cons-

\* Investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (México). E-mail: <pabloy@servidor.unam.mx>.

tituía una excepción, la transformación social y política, producto del hecho revolucionario, permitió que el espíritu de la Reforma se asumiese a manera de política de Estado. Buena parte de los temas planteados o intuidos por los universitarios latinoamericanos cristalizaron en las conductas políticas y en los proyectos culturales de los gobiernos mexicanos. Bajo la dirección de Vasconcelos, una amplia reforma pedagógica y cultural desdibujó reivindicaciones estrechamente universitarias para reclamarse parte de un proyecto orientado a regenerar la vida política nacional.

En el horizonte intelectual del continente tomó cuerpo la idea de que México se encontraba a la vanguardia de un movimiento de transformación social; el caso mexicano abría espacios para discutir, comparar y, sobre todo, imaginar una América Latina distinta. El objetivo de este trabajo se encuentra en esta dirección, seguir las huellas de la presencia mexicana en el pensamiento de los argentinos José Ingenieros y Alfredo Palacios y de los peruanos Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, con el afán de rastrear tanto la naturaleza de sus aproximaciones, como los contornos temáticos y las acciones políticas derivadas de sus particulares acercamientos a la experiencia mexicana.

### *Lecturas rioplatenses*

EN José Ingenieros y Alfredo Palacios,<sup>1</sup> la abierta simpatía por la causa mexicana se debió en buena medida a las noticias sobre el proceso de transformación iniciado por Salvador Alvarado en 1915 en el estado de Yucatán, y que poco después cristalizó en el experimento socialista bajo el liderazgo de Felipe Carrillo Puerto.

En 1921 la representación diplomática mexicana en Buenos Aires quedó a cargo de Antonio Mendiz Bolio. Este escritor yucateco sirvió de contacto entre un sector de la intelectualidad de la izquierda rioplatense y sus pares del socialismo en Yucatán. José Ingenieros tiempo después recordaría:

<sup>1</sup> Sobre los perfiles biográficos de estos personajes véanse Sergio Bagú, *Vida ejemplar de José Ingenieros*, Buenos Aires, El Ateneo, 1953; Héctor P. Agosti, *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Juárez, 1975; Oscar Terán, *José Ingenieros, antimperialismo y nación*, México, Siglo XXI, 1979; Víctor García Acosta, *Alfredo L. Palacios: un socialismo argentino para la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1986, 2 vols.; Horacio Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, Belgrano, 1981; José Vazeilles, *Los socialistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, ed., 1967; Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina: 1890-1930*, Austin, University of Texas Press, 1977.

Por feliz coincidencia era Mendiz Bolio nativo de Yucatán y amigo de Carrillo; él me dio las más claras explicaciones sobre el contenido social de la Revolución Mexicana y sobre la organización sindical de la clase obrera de Yucatán. Pero, más que todo me interesaron sus referencias sobre la personalidad de Felipe Carrillo que, en su verba expresiva y calurosa, me pintó como el apóstol de las masas agrarias de Yucatán.<sup>2</sup>

Ingenieros era conocido en México por sus reflexiones en el campo de la sociología y la política contemporáneas y por su convicción de que la Revolución Rusa anunciaba una radical transformación mundial. Este experimento venía a inaugurar un proceso que entendía internacional, en tanto materialización de “una nueva conciencia moral” capaz de regenerar éticamente a las sociedades conforme a nuevos principios de justicia económica, política y educacional. El optimismo de Ingenieros lo llevó a criticar con igual intensidad, tanto a aquellos que “repudiaban” la revolución soviética, como a los que intentaban imitarla. El intelectual argentino afirmaba que “las aspiraciones revolucionarias serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuentes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes”.<sup>3</sup>

Estas argumentaciones fueron conocidas en México y despertaron las simpatías de un núcleo de revolucionarios que, desde la vertiente más radical del agrarismo, había iniciado un tránsito hacia un socialismo que sin adherir la Tercera Internacional no disimuló simpatías por la Rusia de los soviets.

Sobre esas bases, no resulta extraña la publicación en México de *Las fuerzas morales de la Revolución Rusa*, meses después de su aparición en Argentina, texto donde Ingenieros asumió la defensa de aquel proceso, por significar “una forma de tantas que la revolución actual podrá revestir en el mundo”.<sup>4</sup> Estos argumentos fueron compartidos plenamente por los editores mexicanos de aquel material, en cuyo prólogo quedó asentado:

No seremos nosotros, los visionarios de la causa popular, quienes pretendamos copiar ciega o servilmente los procedimientos de la Rusia de los soviets, quienes intentemos trasplantar el estado social de Rusia a la región

<sup>2</sup> José Ingenieros, “En memoria de Felipe Carrillo”, *Nosotros* (Buenos Aires), núm. 181 (junio de 1924), p. 140.

<sup>3</sup> José Ingenieros, “La significación histórica del movimiento maximalista”, en *Los tiempos nuevos, Obras completas*, Buenos Aires, Elmer, 1957, p. 458.

<sup>4</sup> Ingenieros, *Nosotros* (Buenos Aires), año xv, vol. xxxvii, núm. 140 (enero de 1921).

mexicana [...] Nosotros queremos estar preparados para servir en un momento dado a nuestro pueblo, teniendo en cuenta los nuevos ideales [...] pero sin olvidar, ni por un momento, los antecedentes históricos de nuestro país y la idiosincrasia de nuestro proletariado.<sup>5</sup>

Según refirió el propio Ingenieros, a principios de 1921 recibió una carta de firma desconocida: “Felipe Carrillo”. En ese documento, el futuro gobernador de Yucatán comunicaba haber leído escritos de Ingenieros al tiempo que señalaba su “optimismo” por el “triumfo de los revolucionarios rusos”. La carta fue respondida sin demora, “encareciéndole me favoreciese con informaciones amplias sobre el contenido social de la Revolución Mexicana. Le envié algunos libros que podían interesarle y me retribuyó con publicaciones mexicanas, particularmente yucatecas”. De esta forma, confesó Ingenieros, “quedó establecida mi amistad epistolar con Felipe Carrillo Puerto”.<sup>6</sup>

En octubre de aquel año, el líder yucateco volvió a escribirle esta vez para informar que:

El Partido Socialista que domina y dirige la opinión pública de la mayoría de Yucatán, me postula su candidato para las próximas elecciones de gobernador constitucional, y en caso de llegar al poder procuraré, por todos los medios, implantar una ley de expropiación y reparto de latifundios [...] que beneficie prácticamente a todos los trabajadores del campo.<sup>7</sup>

Antes que estas líneas llegaran a Buenos Aires, Ingenieros fue sorprendido al recibir un telegrama que envió Carrillo Puerto en noviembre de 1921: “Partido Socialista Sureste triunfó definitivamente: gobernador, diputados, ayuntamientos”.<sup>8</sup> Se inauguraba así el más radical de los experimentos sociales en la América Latina de entonces y, en el otro extremo de la geografía continental un intelectual sin ninguna práctica política observaba expectante aquel fenómeno con la ventaja de tener una comunicación directa con el gobernador electo y más tarde con el orgullo de que éste requiriera sus opiniones sobre distintos aspectos de su gestión gubernativa.

Entre tanto, el interés que Ingenieros mostró por México, se reflejó en la prestigiosa publicación que dirigía, la *Revista de Filosofía*, en la

<sup>5</sup> Manlio F. Altamirano, “La Revolución Rusa como fuerza transformadora de la mentalidad humana”, en *En pro de la cultura de México*, México, s.p.i. / s.f., p. 6.

<sup>6</sup> José Ingenieros, “En memoria de Felipe Carrillo” [n. 2], p. 138.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>8</sup> *Ibid.*

cual encontraron lugar distintos materiales que proporcionó la legación mexicana: reseñas de libros de autores mexicanos y artículos y documentos directamente relacionados con la realidad yucateca. Ingenieros escribió a Carrillo Puerto exponiendo puntos de vista y sugerencias sobre el proceso revolucionario y así, en una carta fechada el 1° de junio de 1922, expresó: “El caso Yucatán me parece de un interés no sólo americano, sino mundial” en tanto que “están ustedes haciendo un experimento de política social tan interesante como el de Rusia y, aunque de menor escala, lleva la ventaja de no tener a su frente la coalición europea”.<sup>9</sup> Más adelante recomendó una serie de acciones tendentes a consolidar la gestión gubernativa. En primer término, “por su valor intrínseco en la elevación moral y mental del pueblo de Yucatán, y también por sus efectos de propaganda en el exterior, sería esencial que este gobierno pusiera en primera línea las reformas educacionales”. Ingenieros sugirió dotar a esas reformas de “alguna proyección latinoamericana”, para ello propuso hacer “por cuenta del gobierno del estado una edición popular de las mejores obras de escritores latinoamericanos”.<sup>10</sup>

Por otra parte, y atento a las cuestiones educativas, Ingenieros subrayó la necesidad de compilar la nueva legislación revolucionaria que se publicaba en el *Diario Oficial* del estado de Yucatán; ello se justificaba en tanto conformación de un “cuerpo de doctrina” capaz de imprimir nuevos rumbos a la enseñanza jurídica. En aquella carta expuso ideas latinoamericanistas y antiimperialistas, recomendando al gobernador interponer sus influencias para que el presidente Obregón desplegara en el continente “una propaganda metódica e ilustrada” tendente a “ir preparando una confederación” de países latinoamericanos capaz de enfrentar “a los imperialismos europeo y yanqui, cuyo peligro para nuestra autonomía sería ingenuo ignorar”. La necesidad de apuntalar las nacionalidades orientó un discurso preocupado por “defender el derecho del pueblo mexicano, y de todos los nuestros, a regirse por el sistema político que crea más conveniente, sin tolerar el contralor de ningún poder extranjero sobre sus leyes y asuntos interiores”.<sup>11</sup>

Un accionar revolucionario de contenido socializante fundado en el análisis e incorporación de las particularidades nacionales apuntaló las sugerencias expuestas en otra carta:

<sup>9</sup> Ingenieros, “Del doctor Ingenieros al líder Felipe Carrillo Puerto”, *El Popular* (Mérida), 17-vii-22.

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*

Recuerdo haberle recomendado que, aún manteniendo la más completa solidaridad moral con la Revolución Rusa, no convenía adherir a la Tercera Internacional, ni ligarse al Partido Comunista, aunque descartando toda vinculación con la Segunda Internacional y con los socialistas amarillos que servían los intereses de las potencias aliadas, esencialmente reaccionarios en esa época. También le expuse la necesidad de adaptar la acción de su partido al medio en que actuaba, recordándole que la fuerza de los revolucionarios rusos ha sido el profundo carácter nacionalista de su obra.<sup>12</sup>

Con particular atención Ingenieros observaba la experiencia mexicana, creyendo descifrar en los documentos que recibía de la Confederación Regional Obrera de México el carácter “sindicalista del socialismo mexicano”, que por otra parte entendía como etapa natural de la organización obrera hasta que las reivindicaciones sociales encontrarán cabida en instancias más amplias de expresión política. Respecto de esto último, y en tono optimista indicaba: “En sus últimos documentos la organización capital de las fuerzas político obreras usa el nombre de Partido Laborista”. Entre tanto, fijando la mirada en Yucatán, pasó a advertir “la absoluta necesidad de asegurar equitativas indemnizaciones a todos los latifundistas cuyos bienes fuesen legalmente declarados de utilidad pública”. Además de entender como injusta “toda expropiación no indemnizada”, Ingenieros alertaba sobre las formidables resistencias que generaría una acción de este tipo.<sup>13</sup>

En el proceso por el cual México asumió características ejemplares, un lugar destacado lo ocupó la visita de Vasconcelos a Argentina. En una reunión organizada por la revista *Nosotros*, un grupo de intelectuales argentinos se encargó de tributar un homenaje a la generación mexicana que, representada por Vasconcelos, “merece la simpatía de nuestra América Latina”. El discurso, “Por la unión latinoamericana”, escrito por Ingenieros, resulta trascendental por lo menos en dos cuestiones: la primera, al hacer evidente el resultado de una campaña propagandística iniciada años antes, pero que coronará la visita de Vasconcelos y que finalmente condujo a la constitución de la más significativa imagen de la Revolución Mexicana en la conciencia intelectual de América Latina:

No pretendemos ocultar que es grande en nuestras latitudes la ignorancia en cuanto concierne a la gran renovación política, ideológica y social, felizmente iniciada en México en los últimos años. De ello, más que a la distancia,

<sup>12</sup> Ingenieros, “En memoria de Felipe Carrillo” [n. 2], p. 144.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 143-145.

cabe culpar a la malsana y tendenciosa información que las agencias telegráficas norteamericanas difunden, para restaros las fuerzas morales de simpatía y de solidaridad que tanto necesitáis en nuestro continente [...] Los escritores [...] aquí reunidos, saludamos [...] a todos los hombres de esa generación de mexicanos que ha emprendido la obra magna de regenerar las costumbres políticas; que ha emprendido la reforma educacional [...] que ha emprendido la reforma social [...] Estas hermosas iniciativas [...] hacen que hoy México merezca, además de nuestra simpatía, nuestro estudio. Convertido en vasto laboratorio social, los países de América Latina podremos aprovechar muchas de sus enseñanzas para nuestro propio desenvolvimiento futuro.<sup>14</sup>

La segunda cuestión se refiere al papel que en la Argentina de los años veinte jugó aquella imagen de la experiencia mexicana al permitir cohesionar un espacio político-intelectual de nítidos contornos anti-imperialistas y latinoamericanistas. Ingenieros, desde el escenario de la posguerra, retomó la defensa de la unidad latinoamericana que su coterráneo Manuel Ugarte había enarbolado una década antes.<sup>15</sup> Fue entonces que Vasconcelos apareció como “uno de los pocos espíritus incontaminados por las pasiones malsanas que dejó la guerra europea, al poder contemplar la situación actual del mundo sin las anteojeras germánicas o aliadas”.<sup>16</sup> Tomar distancia de Europa condujo a un replanteamiento de la cuestión nacional, y cuando ello sucedió quedó al descubierto la amenaza que representaba para América Latina el expansionismo norteamericano:

El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo, con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando aún más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria y sin moral.<sup>17</sup>

La percepción del fenómeno imperialista —y, por tanto, la amenaza de una dominación externa— permitió redefinir la fisonomía de América

<sup>14</sup> Ingenieros, “Por la unión latinoamericana”. *Revista de Filosofía* (Buenos Aires), año VIII, núm. VI (1922), pp. 438, 440-441.

<sup>15</sup> Sobre la actuación de Ugarte véase Pablo Yankelevich, “Un mirador argentino de la Revolución Mexicana la gesta de Manuel Ugarte, 1910-1917”, *Historia Mexicana* (México, El Colegio de México), núm. 176 (junio de 1995).

<sup>16</sup> Ingenieros, “Por la unión latinoamericana” [n. 14], p. 440.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 442.

Latina. Se trataba de articular propuestas que condujeran a una verdadera "defensa nacional", sobre la base de multiplicar "las fuerzas morales", capaces de constituir una nueva conciencia colectiva.

En tal sentido, la visita de quien encabezaba las "fuerzas morales" de México, la única nación que en el panorama continental descrito por Ingenieros continuaba resistiendo los embates imperialistas, servía de fundamento al exhorto de "no somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas"<sup>18</sup> para proponer en cambio la creación de un agrupamiento donde los intelectuales asumieran el desafío de encabezar "un movimiento de resistencia moral a la expansión imperialista". Para Ingenieros esta iniciativa de índole internacional, "una Unión Latinoamericana con miras a suplir a la Unión Panamericana", debía conjugarse en el orden interno de cada nación con "un generoso programa de renovación política, ética y social, cuyas grandes líneas se dibujan en la obra constructiva de la nueva generación mexicana".<sup>19</sup>

La presencia de México en el Río de la Plata se ensanchó considerablemente cuando Alfredo Palacios decidió aceptar una invitación oficial para conocer el país. En efecto, semanas después de que Vasconcelos regresara de su gira sudamericana, extendió a Palacios aquel ofrecimiento.<sup>20</sup>

A comienzos de marzo de 1923 un periódico de la capital mexicana tituló en primera plana: "Un alto exponente de la intelectualidad argentina y un apóstol en la lucha del proletariado se encuentra en México. Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de La Plata y primer socialista de tipo constructivo en una Cámara de diputados".<sup>21</sup> De inmediato Palacios, en sintonía con las banderas vasconcelianas, pasó a criticar "el materialismo de la cultura norteamericana" declarando que el propósito de su viaje no era otro que intensificar las relaciones con México a partir de "los medios más eficaces que existen, los del intercambio y conocimiento de la clase estudiantil e intelectual únicas que pueden acercar nuestros países".<sup>22</sup>

Desde la tribuna de la Cámara de diputados, Palacios pronunció un discurso donde cristalizaron sus opiniones sobre México, a la luz del articulado de su Constitución de 1917:

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 441

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 448-449.

<sup>20</sup> Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Archivo de la Embajada Mexicana en Argentina, 1921-1923, Leg. 21, Exp.1, fs. 113-120.

<sup>21</sup> *El Universal* (México), 5-III-23.

<sup>22</sup> *Ibid.*

En esa hermosa Constitución habéis lanzado la proclamación de los grandes derechos de la plebe [...] habéis dicho que era menester declarar el derecho a la huelga, habéis dicho que era necesario nacionalizar el subsuelo que todavía en el sur de América, no quieren realizar entregando el petróleo al Coloso del Norte, sin tener en cuenta que hoy el conflicto internacional del mundo gira alrededor de la lucha entre dos grandes capitalismos, el capitalismo yanqui y el capitalismo inglés [...] En esta constitución habéis declarado que es indispensable repartir la tierra: hernosoprograma de acción que nace no de los países europeos que llegaron a la cumbre de su evolución, sino de este país ignorado, apenas conocido [...] por sus constantes perturbaciones.<sup>23</sup>

Recogiendo las palabras que precursoramente Manuel Ugarte había lanzado años antes, Palacios repitió: “Sois el centinela avanzado en Hispanoamérica, que con una gallardía inimitable resistís el zarpazo brutal de los mercaderes del Norte. Tenéis el primer puesto en la América Latina y nadie absolutamente nadie podrá disputarlo”.<sup>24</sup>

De regreso en Argentina, Palacios impartió una serie de conferencias sobre México y en especial sobre Yucatán, al tiempo que estrechó relación con Carrillo Puerto, quien de manera periódica remitió documentación referente a su gestión gubernativa, como algunas cartas informando de iniciativas, novedades y proyectos políticos. Palacios, respondiendo a una de ellas, dejó testimonio de su opinión:

Grande es la responsabilidad social e histórica asumida por ustedes al acometer tan decididamente la realización de ideales socialistas considerados utópicos por las viejas naciones europeas y aun por las democracias del Nuevo Mundo, pero más grande será la gloria de su triunfo que se diseña ya en los progresos con tantos éxitos realizados. Es ése el primer Estado que, en plena paz, sin recurrir a dictaduras más o menos militares, apoyado por el asentimiento general, sin sujetarse a dogmatismos de ninguna especie, emprende reformas trascendentales de carácter social capaces de asegurar el bienestar de los humildes [...] Por eso estimo que es grande la responsabilidad que ustedes afrontan, porque de su acción depende que se acelere o se retarde el triunfo de nuestros ideales en Sudamérica.<sup>25</sup>

A la sombra del conjunto de experiencias referidas un grupo de intelectuales argentinos, bajo la dirección de Ingenieros, resolvió cristalizar en una organización sus preocupaciones vinculadas a la realidad conti-

<sup>23</sup> *El Universal* (México), 14-III-23.

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> *Tierra* (Mérida, órgano de la Liga Central de Resistencia), 30-XI-23.

mental. El discurso que pronunció Ingenieros en el homenaje a Vasconcelos en 1922, sirvió de exposición de motivos para la constitución de la Unión Latinoamericana en 1925,<sup>26</sup> cuya revista *Renovación* alcanzó una considerable difusión en todo el continente.

Al promediar junio de 1925, en momentos en que el gobierno norteamericano desató una nueva ofensiva contra la administración mexicana, en Buenos Aires no se hicieron esperar las manifestaciones solidarias de la Unión Latinoamericana. El intervencionismo del Departamento de Estado en torno a la cuestión petrolera desató una ola de respuestas contundentes. En un editorial de *Renovación* se apuntó:

El actual caso de México merece por especiales motivos atraer la atención pública. El gobierno de aquella noble nación hermana es el más genuinamente representativo de los intereses y aspiraciones populares, el más intensamente inspirado por anhelos de justicia social de cuantos ejercen su mandato en América. Constituye para todas nuestras naciones un ejemplo admirable, ya que se inspira en los ideales nuevos que hoy pugnan, en medio de la desorientación y el caos capitalista, por conquistar la conciencia de los pueblos e implantar a través del mundo un nuevo régimen de justicia y libertad.<sup>27</sup>

En aquellas circunstancias, José Ingenieros, entonces en París, encabezó las tareas de organización de una asamblea antiimperialista que en apoyo a México convocó a la intelectualidad latinoamericana residente en la capital francesa. A fines de junio de 1925, en la Maison Savante, se congregaron decenas de latinoamericanos frente a un escenario presidido por Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Miguel Ángel Asturias, Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Ugarte, José Vasconcelos y el propio Ingenieros. Este último inauguró la reunión, asumiendo la defensa del programa de gobierno del entonces presidente mexicano Plutarco Elías Calles:

Educado en las ideas socialistas modernas, consciente de las finalidades de su tierra, el general Calles está realizando un gobierno de reparación y justicia conduciendo a México rectamente a la conquista de las reformas

<sup>26</sup> "La unión latinoamericana", en Alfredo Palacios, *Nuestra América y el imperialismo yanqui*, Madrid, s.p.i., 1930, pp. 16-17. Sobre esta organización véase Alexandra Pita, *En busca de la unión latinoamericana: intelectuales y proyectos de integración regional: 1922-1930*, tesis doctoral, México, El Colegio de México, 2003.

<sup>27</sup> *Renovación* (Buenos Aires), junio de 1925.

sociales [...] Son muy pocos los que disienten de su grandioso programa que puede servir de ejemplo a todas las naciones americanas.<sup>28</sup>

En atención a estas actividades, pero en realidad por toda una trayectoria en defensa de México, Ingenieros recibió una invitación para conocer el país.<sup>29</sup> Durante unos pocos días estuvo en la Ciudad de México y la visita se limitó a una serie de reuniones privadas. Cuando regresó a Buenos Aires expuso impresiones sobre distintos temas de la realidad mexicana: el problema agrario, la escuela de la acción, las huelgas inquilinarias, la política exterior y la cuestión petrolera.

El contacto directo con México convenció a Ingenieros de que el movimiento transformador “no es una obra de gobierno ni obedece a ninguna ideología definida”, por el contrario “surge de la iniciativa de las masas, tanto urbanas como rurales”, de suerte que los distintos gobiernos no habían hecho más que traducir en instituciones y legislación las conquistas sociales alcanzadas por la “acción directa de las masas”. Sobre esta composición de lugar se mostraba persuadido de que la Revolución Mexicana significaba para América Latina la materialización más auténtica del nuevo paradigma civilizatorio presagiado en sus *Tiempos nuevos*:

La Revolución Mexicana es una revolución en el sentido más absoluto del término: político, económico, social y educacional [...] En México es inconcebible un gobierno que no sea socialista. Y el socialismo de los mexicanos es puramente mexicano, sin vinculaciones internacionales.<sup>30</sup>

Éstas fueron sus últimas reflexiones sobre México. Ingenieros murió sorpresivamente a finales de agosto de 1925; sin embargo, su militancia antiimperialista encontró continuidad en las acciones de Palacios, quien, desde la Unión Latinoamericana, permaneció atento y dispuesto a alzar su voz en defensa de la soberanía latinoamericana.

### *De los Andes a México: Víctor Raúl Haya de la Torre*

A diferencia de Argentina, la recepción de la Revolución Mexicana en Perú fue realizada desde la práctica política de un núcleo de jóvenes

<sup>28</sup> Citado por Héctor P. Agosti, *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Juárez, 1975, p. 94.

<sup>29</sup> Alfonso Reyes, *Diario: 1911-1930*, México, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 99.

<sup>30</sup> “Regreso de Ingenieros”, *Revista de Filosofía* (Buenos Aires), vol. xxv (septiembre de 1925), p. 476.

intelectuales que, en su condición de líderes universitarios, consiguieron articular un movimiento político con aspiraciones continentales que a la postre incidió en el rumbo de la política en aquella nación. En tal sentido, México significó un lugar de referencia en la reflexión teórica, pero también un territorio donde se desarrolló parte del accionar político.

Hacia 1923 Augusto Leguía encaminaba su gobierno hacia una dictadura. La universidad era el foco opositor por excelencia y buena parte de los profesores disidentes fueron despojados de sus cátedras al tiempo que un combativo movimiento estudiantil fue reprimido con violencia. La Federación de Estudiantes de Perú, dirigida por Víctor Raúl Haya de la Torre había conseguido articular sus demandas con la de sectores obreros de la capital y del interior del país. Las propuestas de “democracia universitaria” que impulsaron los estudiantes argentinos en 1918, alcanzaron a los universitarios peruanos, pero éstos fueron capaces de trascender los reclamos puramente gremiales para iniciar la conformación de un espacio donde gestar propuestas políticas de cuño antiimperialista, antioligárquico y antilatfundista. En este horizonte, la lucha contra el poder de la Iglesia y del Ejército resultó emblemática en tanto pilares de un orden conservador cuyo final se deseaba.

La agitación recorría el país mientras que a instancias de las autoridades universitarias Leguía fue proclamado “Maestro de la Juventud”. La respuesta no se hizo esperar, el estudiantado otorgó el mismo nombramiento al mexicano José Vasconcelos.<sup>31</sup>

Nada de esto resulta extraño. Las acciones de Vasconcelos al frente de la universidad mexicana, sus apelaciones transgrediendo fórmulas protocolarias y un discurso que depositó en los jóvenes la jefatura de un programa llamado a democratizar las sociedades iberoamericanas, no pudieron sino despertar las más firmes adhesiones en aquella generación de universitarios peruanos.

No es de sorprender entonces que en octubre de 1923 cuando Haya de la Torre fue apresado y posteriormente desterrado a Panamá, Vasconcelos hiciera gestiones para su traslado a México,<sup>32</sup> y una vez en este país le extendió una oferta de empleo. “Voy a México — escribió desde Panamá— invitado por los estudiantes, por el maestro Vasconcelos y por todo lo que hay de libre y de revolucionario en esa

<sup>31</sup> Archivo Histórico de Secretaría de Relaciones Exteriores, México, exp. 21-5-124.

<sup>32</sup> Archivo General de la Nación, México, Grupo Documental Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, exp. 121-E-P- 18, f. 2945.

gran tierra de libertad".<sup>33</sup> *Hayita*, como lo llamaba Vasconcelos, se incorporó a su oficina convirtiéndose, por una corta temporada, en su secretario particular. El futuro fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA)<sup>34</sup> recibió un nombramiento como maestro, colaboró en los proyectos editoriales de la Secretaría de Educación Pública, recorrió parte del país junto a Vasconcelos, y en su nombre en alguna oportunidad pronunció más de un discurso.

En efecto, Haya de la Torre pudo confrontar las ideas e imágenes que se había forjado sobre México con una realidad que parecía transformarse por obra de un gobierno que decía encarnar los reclamos populares. Y es que para aquel peruano perseguido los discursos y las obras del presidente Obregón y el candidato Calles, confirmaban su arribo a un paraíso revolucionario. "Los agraristas son la mejor gente de México", le había dicho Vasconcelos, y el dirigente estudiantil pudo comprobarlo cuando asistió a un homenaje a Emiliano Zapata.

Zapata —aunque parezca insólito afirmarlo— es una de las más altas figuras de la Revolución Mexicana, y a la vez una de las menos conocidas en el exterior. Es el adelantado del socialismo, o hablando con más precisión, del comunismo agrario mexicano.<sup>35</sup>

La resignificación del pasado indígena rondaba en la mente de los estudiantes peruanos. Pensaban rescatar al indio y convertirlo en un sujeto activo del cambio revolucionario, en tanto portador de prácticas culturales y económicas que facilitarían la construcción de un nuevo orden social. Haya de la Torre fue testigo de la apropiación que el régimen mexicano hizo del zapatismo, y en tal sentido este hecho no hacía más que confirmar la validez de propuestas que hasta entonces no eran más que intuiciones:

A la hora de los discursos Calles declara que él será el continuador de la obra revolucionaria de Zapata. "La tierra para el campesino", dice Calles, antiguo maestro de escuela, general de la Revolución [...] Su palabra va encendida de incitaciones. "No aceptaré intrigas del capital nacional o ex-

<sup>33</sup> "Declaración después del destierro", *Renovación* (Buenos Aires), diciembre de 1923.

<sup>34</sup> Acerca del pensamiento y acción de Haya de la Torre en los años fundacionales del APRA véanse Felipe Cossio del Pomar, *Victor Raúl: biografía de Haya de la Torre*, México, Cultura, 1961; Luis A. Sánchez, *Victor Raúl Haya de la Torre o el político*, Santiago de Chile, Ercilla, 1934; y Frederick Pike, *The politics of the miraculous. Haya de la Torre and the spiritualist tradition*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986.

<sup>35</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre, "Emiliano Zapata, apóstol y mártir del agrarismo mexicano", en *Obras completas*, Lima, Editorial Juan Mejía Baca, 1977, vol. 1, pp. 35.

tranjero”, exclama. Y una tempestad de aplausos le saluda [...] Los campesinos son los autores de la Revolución y deben seguir hasta cumplirla. Hay vitores a Rusia y a la América proletaria.<sup>36</sup>

¿A qué conclusiones podía arribar un perseguido latinoamericano después de asistir a este acto? ¿Qué podía pensar de los centenares de campesinos “con su gran sombrero de paja, su traje blanco y su fusil en la espalda”? El dirigente peruano deduce que la Revolución en México había acabado con el ejército tradicional, “el galón símbolo de la traición y la intriga ya no existe. El valor, la decisión, son los únicos títulos militares. Un campesino llega a ser general, como Zapata, vale decir general de la revolución campesina. Un general en México, no es pues una momia con plumaje”.<sup>37</sup>

La Revolución en México era toda una experiencia, porque además se hacía de cara a un vecino que pocas simpatías despertaba en el resto del continente. En tal sentido la actitud de México constituía un desafío que buscaba lograr una profunda transformación nacional bajo la permanente amenaza de Estados Unidos, “máquina siniestra del capitalismo opresor que avanza tentacularmente sobre nosotros”.<sup>38</sup>

Rodeado de intelectuales y artistas convencidos de las bondades de la Revolución, aquella residencia mexicana dejó una huella indeleble en la trayectoria del joven Haya de la Torre, tanto por las vinculaciones y recomendaciones personales que facilitaron su accionar en otras latitudes como en la dimensión continental y el perfil antiimperialista de un programa de acción, cuyos puntos esenciales hizo públicos en México poco antes de abandonar el país para dirigirse a Europa. En efecto, en mayo de 1924, ante un grupo de estudiantes mexicanos, explicitó los puntos programáticos de una nueva organización: la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). “No sólo queremos a nuestra América unida sino a nuestra América justa. Sabemos bien que nuestro destino como raza y como grupo social, no puede fraccionarse: formamos un gran pueblo, significamos un gran problema, construimos una vasta esperanza”.<sup>39</sup>

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 37

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>38</sup> Haya de la Torre, “A los estudiantes y obreros de Panamá”, en *ibid.*, p. 41

<sup>39</sup> Citado por Cossío del Pomar, *Víctor Raúl* [n. 34], p. 225. Sobre los orígenes del APRA y su proyección en América Latina véanse Arturo Taracena, “El APRA, Haya de la Torre y la crisis del liberalismo guatemalteco en 1928-1929”; Hilda Tisoc Lindley, “De los orígenes del APRA en Cuba”; y Ricardo Melgar Bao, “Militancia aprista en el Caribe: la sección cubana”, *Cuadernos Americanos* (México), núm. 37 (enero-febrero de 1993).

En la segunda mitad de los años veinte parecía agotarse la matriz temática que había permitido que distintas posiciones políticas en América Latina confluyeran bajo banderas comunes de corte antiimperialista, antilatifundista y antioligárquico. En buena medida la ortodoxia de la Tercera Internacional bloqueó la reflexión teórica, la dureza de un marxismo de cuño centroeuropeo que, en sucesivos congresos terminó condenando a Latinoamérica a la agenda de la “cuestión colonial”, fracturó y sectarizó el pensamiento de lo que hasta entonces emergía como la fracción más avanzada de la intelectualidad pequeño burguesa en América Latina. En ese panorama, sobresalieron las voces heterodoxas de Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, voces que a pesar de sus diferencias, se significan como un esfuerzo por pensar la nación desde un horizonte que contemplaba tanto las particularidades de sus pueblos como la imprescindible y definitiva necesidad de emanciparlos.<sup>40</sup>

La ruptura de Haya de la Torre con la Comintern en 1927 definió teóricamente al APRA, marcando su rumbo inmediato. Haya de la Torre sintetizó un plan de acción contra la ortodoxia comunista, tendente a la consecución de un socialismo de corte hispanoamericano. Sus observaciones, fundadas en la escasa densidad histórica del capitalismo en Latinoamérica, lo llevaron a invertir la fórmula leninista sosteniendo que el capital imperialista en América Latina se significaba como el estadio inicial del desarrollo capitalista. *Contrario sensu* del diagnóstico de la Tercera Internacional el tránsito al socialismo se percibía como una tarea a largo plazo, debido al débil desarrollo de los sectores proletarios del campo y la ciudad que pudieran conducir un proceso revolucionario. En tal sentido, Haya de la Torre propugnaba la necesidad de constituir un frente único de trabajadores manuales e intelectuales capaz de encabezar la lucha contra el imperialismo y, como parte de ella, planteó la tesis de la necesaria construcción de un “Estado antiimperialista” como peldaño preparatorio al socialismo continental.

Haya tenía en mente las experiencias revolucionarias de Rusia, China y México. Con los teóricos bolcheviques confrontó ideas y conceptos en torno al significado y validez de las tesis marxistas en general y en particular sobre la Nueva Política Económica en la Rusia leninista; del

<sup>40</sup> Respecto de las coordenadas del primer marxismo latinoamericano véanse José Aricó, *Marx y América Latina*, México, Alianza, 1980; *Las hipótesis de Justo. escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Ricardo Melgar Bao, “La recepción del orientalismo antiimperialista en América Latina: 1924-1929”, *Cuadernos Americanos* (México), núm. 109 (enero-febrero del 2005) y “Mariátegui y el marxismo latinoamericano: itinerario de un descubrimiento”, México. s.f., inédito.

caso chino y de la empresa anticolonial del Kuomintang rescató la estrategia frentista; pero lo que realmente guió su propuesta fue el principio de una acción autónoma de los pueblos latinoamericanos en la lucha contra el imperialismo, y es aquí donde la apelación a México cobró una dimensión cualitativamente distinta:

Ninguna experiencia histórica, en verdad, más cercana y más aprovechable para los indoamericanos, que la que nos ofrece México. En mi concepto, la Revolución Mexicana es *nuestra revolución*, es nuestro más fecundo campo de ensayo renovador.<sup>41</sup>

Años antes, en una carta escrita desde Londres al dirigente universitario argentino Gabriel del Mazo, el fundador del APRA pensaba en México como la mayor muestra de las potencialidades revolucionarias de los pueblos hispanoamericanos y del ejemplo mexicano extraía la convicción de precisar un plan de acción que sirviera de guía a la acción revolucionaria:

En México nosotros encontramos una revolución espontánea, sin programa apenas, una revolución de instinto, sin ciencia. México habría llegado a cumplir una misión para América Latina, quizá tan grande como la de Rusia para el mundo, si su revolución hubiera obedecido a un programa. Pero la Revolución Mexicana no ha tenido teóricos ni líderes. Nada hay organizado científicamente. Es una sucesión maravillosa de improvisaciones, de tanteos, de tropezones, salvada por la fuerza popular, por el instinto enérgico y casi indómito del campesino revolucionario. Por eso es más admirable la Revolución Mexicana, porque ha sido hecha por hombres ignorantes.<sup>42</sup>

Se trataba entonces de sistematizar un cuerpo teórico que volviera posible adaptar las propuestas de un marxismo centroeuropeo a la experiencia latinoamericana y, como parte de ella, México señalaba el límite entre lo posible y lo deseable. Pero, ¿cuáles eran las enseñanzas mexicanas que servían para validar el programa aprista? En primer lugar la necesaria dimensión continental de la lucha antiimperialista. Enfrentar al imperialismo era parte de una estrategia que incluía nacionalizar la riqueza y desfeudalizar la sociedad para así poner en marcha, en un mismo movimiento, una herramienta que defendiera la soberanía

---

<sup>41</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antimperialismo y el APRA*, Santiago de Chile, Ercilla, 1936, p. 82.

<sup>42</sup> Haya de la Torre, "Carta a un estudiante argentino", en *Obras completas* [n. 35], vol. I, pp. 84-85.

nacional e implantara la justicia social. Sin embargo, hacer frente al imperialismo no podía ser obra de naciones aisladas:

No hay que olvidar que México en su lucha revolucionaria por su independencia económica fue hasta donde pudo ir solo. Ningún país aislado de Indoamérica podría haber ido más lejos. Ésa es la primera lección que nos ofrece la Revolución Mexicana. Sus limitaciones y sus derrotas son características de un pueblo que lucha aisladamente por liberarse del imperialismo y de sus aliados internos, bajo la presión del poder formidable y próximo de su gran enemigo.<sup>43</sup>

La “inmadurez” del capitalismo latinoamericano obligaba a pensar en una estrategia revolucionaria distinta a la rusa. Allí, señalaba Haya de la Torre, la transición al socialismo se verificaba a través de un “capitalismo de Estado”, cuya manifestación política era una dictadura proletaria derivada del peso específico que había alcanzado la clase obrera rusa. Para América Latina y con base en “la gran experiencia histórica de la Revolución Mexicana”, Haya de la Torre sostendrá la tesis de un “Estado antimperialista [...] Nosotros no hemos llegado a la madurez burguesa de un sistema industrial que permita a nuestra clase proletaria en formación asumir exclusivamente la dictadura de nuestros destinos”;<sup>44</sup> en tal sentido, sin trabajadores libres de ataduras feudales y sin un proletariado industrial moderno, “necesitamos de la alianza con las clases medias para la lucha contra el imperialismo que en nuestros países es lucha de emancipación nacional”.<sup>45</sup> Y en este proceso, después de la toma del poder, la construcción de un Estado fuerte devendría en una necesidad ineludible, sólo desde allí se podría reestructurar la producción y la circulación con base en un programa de nacionalizaciones que permitiera echar a andar un amplio sistema cooperativo. En la conducción de este proceso ubicaba al APRA, organización que garantizaría la hegemonía obrera y campesina. Y en este punto

también la Revolución Mexicana nos ofrece experiencia valiosa. La falta de una organización científica y económica del Estado, la falta de una estructura integral del aparato político revolucionario, consecuencia del carácter instintivo e improgramado del movimiento, ha producido la preponderancia de la clase media en el México post-revolucionario. Ideológica, política y económicamente la Revolución Mexicana en la práctica no ha utilizado a las

<sup>43</sup> Haya de la Torre, *El antimperialismo y el APRA* [n. 41], pp. 83-84.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 147-149.

clases medias sino que éstas han utilizado en gran parte la revolución [...] La experiencia de México en este caso nos está señalando, por negación, que en la organización estricta y científica del Estado antimperialista, queda prevista cualquier desviación posible de las clases medias fuera de su interesante y circunscrito rol.<sup>46</sup>

Destruir las bases de la feudalidad terrateniente y poner límites al poder imperialista, controlando y decidiendo las características de la inversión extranjera, constituía la razón de ser de la nueva estatidad. México marcaba el rumbo, pero esta experiencia se hallaba limitada por la ausencia de una dirección política partidaria capaz de corregir la orientación pequeño burguesa que había asumido el proceso.

En México, hacia 1928, radicaba un núcleo de peruanos formado por dirigentes universitarios que en distintos momentos fueron expulsados por Leguía. Con ellos Haya de la Torre constituyó una célula aprista,<sup>47</sup> que durante un corto periodo publicó la revista *Indoamérica*. Una intensa actividad desplegaron estos dirigentes en un año particularmente agitado: la realización de la Sexta Conferencia Panamericana en La Habana contrastaba con la gesta de Sandino en Nicaragua, a una y otra dedicaron largos comunicados.<sup>48</sup> Alentado por la experiencia nicaragüense Haya de la Torre se dirigió a sus partidarios en Perú para proponer una estrategia insurreccional que condujera al derrocamiento de Leguía. En el llamado "Plan México" indicó la necesidad de fundar un partido de alcance nacional pero adherido al APRA, cuya misión sería aplicar sus propuestas a la realidad peruana.<sup>49</sup> No resulta difícil advertir la matriz mexicana en ese plan: devolución de la tierra al pueblo peruano entregándola a quien la trabaja, renovación del sistema de producción de la tierra, reivindicación económica, política e intelectual de las clases obreras, educación laica hasta la universidad etc. El "Plan México" nunca se llevó a cabo, su formulación desató una crisis profunda que puso a discusión tanto si el APRA debería seguir siendo un frente o transformarse en un partido, como el difuso contenido socialista de la propuesta. Haya de la Torre y Mariátegui, este último en aquel entonces

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 153-154.

<sup>47</sup> Véase Ricardo Melgar Bao: "Redes del exilio aprista en México (1923-1924): una aproximación", en Pablo Yankelevich, coord., *México, país refugio. la experiencia de los exilios en el siglo xx*, México, PIAH/Plaza y Valdés, 2002; y *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina 1934-1940*, Buenos Aires, Libros en red, 2003.

<sup>48</sup> Un detenido seguimiento de estos materiales para el año de 1928, puede realizarse consultando *Repertorio Americano* (Costa Rica), semanario de cultura hispánica.

<sup>49</sup> Haya de la Torre, "El plan México", en *Obras completas* [n. 35], vol. 2, p. 285.

la cabeza más visible del aprismo en Perú, se enfrascaron en una controversia que fracturó el pensamiento de izquierda y sus proyecciones en el campo de la política peruana y latinoamericana. Los “mariateguistas” abandonaron el APRA para adscribirse con singulares críticas a los principios de la Tercera Internacional y Haya de la Torre terminó dando un vuelco radical a sus posturas al regresar a Perú en 1931 y fundar el Partido Aprista Peruano.

*Pensar la revolución: José Carlos Mariátegui*

EN la producción intelectual de Mariátegui el tema mexicano estuvo presente en una serie de escritos periodísticos sobre escenas del acontecer político, así como en una secuencia de notas críticas en torno a la literatura y las novedades editoriales de México. Si se valoran estos textos en relación con el conjunto de su obra, el espacio dedicado a México resulta insignificante; sin embargo, merece destacarse la agudeza y la audacia de ciertos acercamientos así como la certeza, tal como lo fue para toda una generación de intelectuales latinoamericanos, de que “México es hoy, más que nunca, el campo de una experiencia revolucionaria”.<sup>50</sup>

En estos textos, sobre todo en los de naturaleza política, es posible establecer dos momentos, aquel que corre entre 1924 y 1928, y el que lo hace desde 1929 hasta su muerte un año más tarde. Esta cronología se corresponde de manera análoga a la propia evolución del pensamiento y la militancia del fundador de la revista *Amauta*. El primer periodo, el de mayor producción teórica, cristalizada en sus *Siete ensayos sobre la realidad peruana* (1928) y en su participación política en la propuesta frentista del APRA; y el segundo momento inaugurado con el deslinde de posiciones respecto de Haya de la Torre, la consecuente fundación del Partido Socialista Peruano y desde allí la siempre polémica relación con la Tercera Internacional a partir de diferencias sustanciales en torno a una estrategia revolucionaria para el Perú.<sup>51</sup>

Hacia 1924 para este peruano recién llegado de Europa, América Latina en general y México en particular, eran objeto de lecturas que remiten directamente a las matrices espiritualistas del magisterio

<sup>50</sup> José Carlos Mariátegui, “Portes Gil contra la CROM”, en *Obras completas*, Lima, Amauta, 1971, vol. 12, p. 59.

<sup>51</sup> Al respecto véanse José Aricó *et al.*, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1978 (*Cuadernos de pasado y presente*); Robert Paris, *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Siglo XXI, 1981 (*Cuadernos de pasado y presente*); y Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, México, UAF, 1985.

vasconceliano y al latinoamericanismo del último Ingenieros. La vigencia de los postulados morales de las jornadas universitarias y el juvenilismo de una generación reclamando ocupar espacios políticos y culturales, trasuntan el optimismo con que Mariátegui valora el futuro del continente a partir de los sucesos mexicanos:

Actualmente el pensamiento de Vasconcelos e Ingenieros tiene una repercusión continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América [...] Nuestro tiempo finalmente ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes hispano-americanas la emoción revolucionaria [...] con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América.<sup>32</sup>

Sin embargo, su mirada hacia América Latina estuvo lejos de proclamar el triunfo y la definitiva realización de un nuevo proyecto civilizatorio capaz de reemplazar el modelo europeo que, desde una mirada spengleriana, se encontraba agonizando:

La fe de América en su porvenir no necesita alimentarse de una artificiosa y retórica exageración de su presente. Está bien que América se crea predestinada a ser el hogar de la futura civilización. Está bien que diga "Por mi raza hablará el espíritu". Está bien que se considere elegida para enseñar al mundo una verdad nueva. Pero no se suponga que [está] en vísperas de reemplazar a Europa [...] La civilización occidental se encuentra en crisis, no está, como absurdamente se dice, agotada y exterminada.<sup>33</sup>

En los distintos artículos escritos entre 1924 y 1928, Mariátegui no disimuló su simpatía por el gobierno que encabezaba Obregón. En tal sentido, sus aproximaciones se realizaron desde el mirador de un aprismo particularmente inclinado por la causa mexicana. En su primer artículo, "México y la Revolución", de enero de 1924, esbozó una síntesis de la revolución de 1910. Se trata de un material didáctico que recorría la historia reciente de México leída desde la perspectiva de las fuerzas constitucionalistas al mando de Venustiano Carranza. Estuvieron ausentes los liderazgos de Emiliano Zapata y Francisco Villa. Mariátegui muy intuitivamente sostuvo que correspondió al constitucionalismo bosquejar un programa para una Revolución que se inició sin tenerlo.

<sup>32</sup> Mariátegui, "La unidad de la América indoespañola", en *Obras completas* [n. 50], vol. 12p. 17.

<sup>33</sup> Mariátegui, "¿Existe un pensamiento hispano-americano", en *ibid.*, p. 23.

Dos años más tarde, volvió al tema mexicano en un texto sobre el conflicto religioso. De nueva cuenta, adhirió la visión oficial ubicando la insurrección cristera de 1926 como la representante de intereses reaccionarios dispuestos a poner en jaque la gestión del presidente Plutarco Elías Calles. Sin embargo, esta interpretación no le impidió tomar distancia de la administración callista. Mariátegui estaba al tanto de las críticas y de las luchas que los militantes del Partido Comunista Mexicano libraron en el interior de las organizaciones obreras controladas desde el gobierno. “En vez de acelerar el proceso de la Revolución Mexicana, como se esperaba de parte de muchos, el gobierno de Calles lo ha contenido y lo ha sofrenado”. Por ello, el callismo se había visto enajenado del apoyo de un sector “del proletariado y de varios intelectuales de izquierda”, circunstancias que aprovechó la reacción católica para presionar por la derogación de un ordenamiento constitucional que limitaba el poder de la Iglesia. Mariátegui, incluso llegó a afirmar que “el rigor de algunas disposiciones, *verbi gratia* la que prohíbe el uso del hábito religioso fuera de los templos es, sin duda, excesivo”, pero estimó que se trataba de medidas de emergencia ante la necesidad política de garantizar el programa de la Revolución en el terreno de la educación y del culto.<sup>54</sup>

La óptica con que el peruano observó la realidad mundial alcanzó también a México. Se mostraba convencido del ocaso de la civilización burguesa y de las formas asumidas por su representación política en el Estado liberal. En clave soreliana sostuvo que el derrumbe del orden burgués mucho se debió a la falta de un mito, de una esperanza, de una fe capaz de conducir y construir un nuevo futuro. “La burguesía no tiene ya mito alguno —escribe en 1925—, el proletariado tiene un mito: la revolución social [...] la fuerza de los revolucionarios [...] está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual, es la fuerza del mito”.<sup>55</sup> El caso de México, en el que el Estado levantaba las banderas del laicismo en contra de las exigencias del clero, “no tiene ya el mismo sentido que en los Estados burgueses”. Mariátegui parecía convencido de que “las formas políticas y sociales vigentes en México no representan una estación del liberalismo sino del socialismo, porque cuando el proceso de la Revolución Mexicana se haya cumplido plenamente, el Estado mexicano no se llamará neutral y laico sino socialista”.<sup>56</sup>

<sup>54</sup> Mariátegui, “La reacción en México”, en *ibid.*, p. 44.

<sup>55</sup> Mariátegui, “El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy”, en *ibid.*, vol. 5, p. 22.

<sup>56</sup> Mariátegui, “La reacción en México”, en *ibid.*, vol. 12, pp. 45-46.

En 1926 Mariátegui fundó *Amauta*, y la revista no tardó en convocar a buena parte de la vanguardia política y artística del continente. Durante un par de años la publicación lo era también de los apristas comandados por Haya de la Torre. Desde los primeros números México estuvo presente a través de textos que remitieron José Vasconcelos, Diego Rivera, Jesús Silva Herzog y Tina Modotti, entre otros. Estas nuevas fuentes de información, con seguridad ensancharon el horizonte de Mariátegui en sus aproximaciones al tema mexicano. En octubre de 1927 publicó un breve artículo pasando revista a las nuevas asonadas militares que buscaban detener la candidatura de Álvaro Obregón en su intento por volver a ocupar la presidencia. De nueva cuenta, se trataba de fuerzas reaccionarias que atentaban contra “el contenido social del programa revolucionario” y en consonancia con el aprismo sostenía que las principales fuerzas populares del bloque que sostenía al gobierno de Calles “habían elegido al hombre más capacitado para continuar siendo fiel al destino histórico que marcaba la Revolución”.<sup>57</sup>

El asesinato de Obregón en 1928, siendo presidente electo, cierra un ciclo en la historia de México. Con tintes apologeticos Mariátegui dedicó un artículo a revisar la obra del caudillo:

Obregón robusteció al Estado surgido de la Revolución, precisando y asegurando su solidaridad con las más extensas y activas capas sociales. El Estado, con su gobierno, se proclamó y se sintió órgano del pueblo, de modo de que su suerte y su gestión dejaban de depender del prestigio personal de un caudillo, para vincularse estrechamente con los intereses y los sentimientos de las masas [...] Obregón no era ciertamente un ideólogo, pero en su fuerte brazo de soldado de la Revolución podía apoyarse aún el trabajo de definición y experimentación de una ideología [...] Su suerte agranda su figura en la historia de la Revolución Mexicana [...] asesinado por un fanático [...] concluye su vida heroica y revolucionaria [quedando] definitivamente incorporado a la epopeya de su pueblo con los mismos timbres que Madero, Zapata y Carrillo Puerto.<sup>58</sup>

La crisis de 1928 condujo a una recomposición de las fuerzas políticas mexicanas, el programa revolucionario se detuvo ante el giro conservador de las administraciones de Pascual Ortiz Rubio (1928-1930) y Emilio Portes Gil (1930-1932). La organización obrera, que había sido alentada y financiada desde los cenáculos del poder, empezó a ser perseguida. La izquierda mexicana resintió los embates represivos tanto

<sup>57</sup> Mariátegui, “La guerra civil en México”, en *ibid.*, pp. 48-49.

<sup>58</sup> Mariátegui, “Obregón y la Revolución Mexicana”, en *ibid.*, p. 51.

a nivel de sus dirigentes, algunos de ellos asesinados, como en las incipientes organizaciones sindicales que pusieron en marcha. Nada de ello fue ajeno al propio curso de una acción política que, en el marco de los dictados de la Tercera Internacional, pasó a calificar de fascistas a sectores sociales que poco antes habían sido valorados como aliados naturales de obreros y campesinos. Pero en esa coyuntura Mariátegui se separó del APRA iniciando un tránsito heterodoxo hacia posiciones cercanas a la Comintern. La conjunción de estas circunstancias se hace evidente en un artículo escrito a principios de 1929, que evaluaba como “imposible reconstituir el frente único que con Obregón a la cabeza había ganado las elecciones de 1928”. Las contradicciones internas del “bloque gobernante” amenazaron la política revolucionaria hasta que “las tendencias conservadoras, las fuerzas burguesas” consiguieron alzarse con la victoria. Roto el frente único policlasista, Mariátegui informaba que “las organizaciones revolucionarias de izquierda—en alusión al Partido Comunista Mexicano— trabajan ahora por una asamblea nacional obrera y campesina encaminada a crear un frente único revolucionario”.<sup>59</sup>

En efecto, el flujo informativo dando cuenta de una política oficial poco dispuesta a negociar con la central sindical más poderosa de México, parecía coincidir con el diagnóstico que sobre la situación mexicana realizó el secretariado sudamericano de la Tercera Internacional.<sup>60</sup> Mariátegui procesó estas noticias para terminar suscribiendo las posturas del comunismo latinoamericano:

Durante los gobiernos de Obregón y Calles la estabilización del régimen revolucionario había sido obtenida en virtud de un pacto tácito entre la pequeña burguesía insurgente y la organización obrera y campesina para colaborar en un terreno estrictamente reformista [...] Bajo este régimen no sólo se habían desarrollado las fuerzas obreras, canalizadas en dirección reformista, sino también las fuerzas del capital y la burguesía. Las energías más inexpertas de la reacción se habían consumido en el intento de atacar la Revolución desde fuera. Las más sagaces operaban dentro de la Revolución, en espera de que sonase la hora de una acción termidoriana.<sup>61</sup>

El asesinato de Obregón inauguraba el Termidor mexicano y esta valoración obligó a Mariátegui a rectificar anteriores apreciaciones: “El

<sup>59</sup> Mariátegui, “La lucha eleccionaria en México”, *ibid.*, pp. 52-55.

<sup>60</sup> Véanse, entre otros, el artículo “La situación mejicana”, *Correspondencia sudamericana* (Buenos Aires), 15-xi-28, pp. 5-6.

<sup>61</sup> Mariátegui, “Portes Gil contra la crom”, en *Obras completas* [n. 50], vol. 12, pp. 56-57.

Estado mexicano no era, ni en la teoría ni en la práctica, un Estado socialista. La Revolución había respetado los principios y las formas del capitalismo”. El bloque revolucionario estaba fracturado y la pequeña burguesía y los caudillos militares terminaron por ceder a las influencias capitalistas. Ante ello, asumió la defensa del PCM proclamando la necesidad de constituir un frente único proletario.<sup>62</sup> Defensa que vuelve a manifestarse en 1929, cuando el gobierno de Portes Gil desató una ofensiva represiva —que puso en entredicho la autoridad del gobierno central— acusando falsamente a los comunistas de haber participado en una asonada militar.<sup>63</sup>

Las aproximaciones a México no fueron lineales, estos puntos de coincidencia en tomo a la caracterización del proceso mexicano fueron contrastados con diferencias notables con respecto al PCM en el análisis de la coyuntura mexicana, sobre todo del proceso electoral de 1929. En aquella coyuntura, José Vasconcelos se lanzó a la campaña presidencial encabezando un heterogéneo bloque opositor y apelando a la necesaria rectificación de un rumbo político torcido por los caudillos revolucionarios. Mariátegui conoció con bastantedetalle la naturaleza de las fuerzas contendientes y una notable intuición política lo distanció del giro ultraizquierdista del PCM, cuyos miembros eran perseguidos y encarcelados. En realidad, el análisis de la situación mexicana sirvió de pretexto para explicitar sus dudas en tomo al sectarismo que se hacía evidente en la consigna de “clase contra clase” lanzada por la Tercera Internacional. El director de *Amauta* apostaba por la estabilización del orden político —“estabilización liberal” escribió— donde la acción del movimiento obrero pudiera encontrar mayores cauces para desarrollar una estrategia revolucionaria. Y en esas circunstancias la candidatura de José Vasconcelos —“a pesar de representar originariamente el sentimiento conservador de la disidencia intelectual”—, fue evaluada como la única opción política para una “Revolución Mexicana que se encuentra en su estadio de revolución democrático-burguesa”. Frente al “fascismo” representado por la candidatura oficial de Pascual Ortiz Rubio, la propuesta vasconcelista había logrado apropiarse del sentimiento antiimperialista, reavivado en el pueblo mexicano por la abdicación creciente al capitalismo yanqui.

A Mariátegui la distancia que lo separaba de México no le impidió realizar entradas incisivas sobre el futuro de la Revolución, en realidad

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>63</sup> Véanse Mariátegui, “Orígenes y perspectivas de la insurrección mexicana” y “La reacción en México”, en *ibid.*, pp. 59-63

pensaba en las potencialidades revolucionarias de un ancho movimiento social, más allá de las expulsiones y el sectarismo partidario.<sup>64</sup> Pero a finales de 1929, sus posturas eran ya minoritarias en el interior del Partido Socialista que había fundado; de hecho, semanas después de su muerte, aquella organización adoptaría el nombre de comunista, clausurando con ello la aventura heterodoxa, para dar lugar a la “normalización” de relaciones con la Tercera Internacional bajo la dirección de Eudocio Ravines.<sup>65</sup>

Mariátegui murió el 16 de abril de 1930; dos semanas antes había publicado su último artículo sobre México. Allí deslindó posiciones respecto de los acercamientos que los apristas hacían de la Revolución Mexicana y que por cierto él mismo había compartido un par de años antes. Sin nombrar a Haya de la Torre, una parte del texto estuvo dedicada al fundador del APRA:

México hizo concebir a apologistas apresurados y excesivos la esperanza tácita de que su revolución proporcionaría a la América Latina el patrón y el método de una revolución socialista regida por factores exclusivamente latinoamericanos. Los hechos se han encargado de dar al traste con esta esperanza tropical y mesiánica. Ningún circunspecto se arriesgaría hoy a suscribir la hipótesis de que los caudillos y planes de la Revolución Mexicana conduzcan al pueblo azteca al socialismo.<sup>66</sup>

La experiencia mexicana le sirvió para confrontar ideas en torno a la construcción de un nuevo orden y en su reflexión la matriz marxista pudo encontrar validez en aquella revolución. El mayor mérito de Mariátegui fue su esfuerzo por traducir la experiencia teórica e histórica de Europa a las coordenadas de América Latina, en tanto esfuerzo inacabado; en muchos aspectos la traducción fue textual, mientras que en otros la sutileza de sus análisis consiguió matizar un pensamiento marxista que adolecía de falta de originalidad en sus aproximaciones a la realidad latinoamericana.

Y en efecto, tanto para Mariátegui como para los intelectuales y políticos cuyo pensamiento hemos revisado, México fue un referente de insoslayable presencia. En 1922 Ingenieros acertó al exhortar a la intelectualidad latinoamericana a dirigir la mirada hacia un país, que por obra de una revolución se había convertido en un “vasto laboratorio social” de donde era posible extraer “muchas de sus enseñanzas para nuestro propio desenvolvimiento futuro”.

<sup>66</sup> Mariátegui, “Al margen del nuevo curso de la política mexicana”, en *ibid.* vol. 12, pp. 66-67.

El movimiento que estalló en 1910 y que se prolongó por casi una década no estuvo precedido ni apoyado en teorías políticas que dieran soporte a planes, programas y proclamas. Se trató de un auténtico levantamiento popular en busca de una vida mejor sin que se supiera exactamente en qué consistía ni con qué medios alcanzarla. En realidad, la Revolución Mexicana fue pensada durante los años veinte por un sector de intelectuales mexicanos que salió al encuentro de propuestas teóricas y doctrinales en muchos casos compartidas por los miembros de la Generación de la Reforma Universitaria en América Latina.

La Revolución nunca pretendió servir de modelo, simplemente la experiencia revolucionaria proyectó la voluntad transformadora de una generación de mexicanos interesados en fundar una sociedad más justa. No hubo cuerpo doctrinal que exportar, tan sólo una intensa búsqueda de soluciones a problemas nacionales. Estas circunstancias fueron las que hicieron atractiva la Revolución Mexicana en los ambientes de la izquierda latinoamericana en la década del veinte.

México sirvió de ejemplo para una práctica política que reivindicaba un programa socialista cuya realización dependía de las peculiaridades del desarrollo histórico de las naciones latinoamericanas. En este sentido, las reflexiones en torno a México exhiben un esfuerzo por definir parámetros de autoctonía en la construcción de una estrategia revolucionaria, circunstancia que debe ubicarse en un panorama dominado por la ortodoxia de la Tercera Internacional, y en donde la "ejemplaridad" de México dotaba de mayor visibilidad a los problemas derivados de la "cuestión nacional" en el espacio continental.

Una variedad de temas se ventilaron a la luz de la Revolución Mexicana; entre otros, la naturaleza de la organización estatal, la definición de una política de alianzas, los ejes de una propuesta antiimperialista en salvaguarda del interés nacional, así como el reparto agrario y las singularidades de la organización obrera y campesina. En este sentido, durante la década del veinte México hizo las veces de espejo que devolvió imágenes en las cuales podían reconocerse tanto los problemas como los anhelos de una transformación social pensada a escala nacional y continental.

El movimiento que estalló en 1910 y que se prolongó por casi una década no estuvo precedido ni apoyado en teorías políticas que dieran soporte a planes, programas y proclamas. Se trató de un auténtico levantamiento popular en busca de una vida mejor sin que se supiera exactamente en qué consistía ni con qué medios alcanzarla. En realidad, la Revolución Mexicana fue pensada durante los años veinte por un sector de intelectuales mexicanos que salió al encuentro de propuestas teóricas y doctrinales en muchos casos compartidas por los miembros de la Generación de la Reforma Universitaria en América Latina.

La Revolución nunca pretendió servir de modelo, simplemente la experiencia revolucionaria proyectó la voluntad transformadora de una generación de mexicanos interesados en fundar una sociedad más justa. No hubo cuerpo doctrinal que exportar, tan sólo una intensa búsqueda de soluciones a problemas nacionales. Estas circunstancias fueron las que hicieron atractiva la Revolución Mexicana en los ambientes de la izquierda latinoamericana en la década del veinte.

México sirvió de ejemplo para una práctica política que reivindicaba un programa socialista cuya realización dependía de las peculiaridades del desarrollo histórico de las naciones latinoamericanas. En este sentido, las reflexiones en torno a México exhiben un esfuerzo por definir parámetros de autoctonía en la construcción de una estrategia revolucionaria, circunstancia que debe ubicarse en un panorama dominado por la ortodoxia de la Tercera Internacional, y en donde la "ejemplaridad" de México dotaba de mayor visibilidad a los problemas derivados de la "cuestión nacional" en el espacio continental.

Una variedad de temas se ventilaron a la luz de la Revolución Mexicana; entre otros, la naturaleza de la organización estatal, la definición de una política de alianzas, los ejes de una propuesta antiimperialista en salvaguarda del interés nacional, así como el reparto agrario y las singularidades de la organización obrera y campesina. En este sentido, durante la década del veinte México hizo las veces de espejo que devolvió imágenes en las cuales podían reconocerse tanto los problemas como los anhelos de una transformación social pensada a escala nacional y continental.